

Martín Casariego

**Yo fumo para olvidar
que tú bebes**

Siruela

Nuevos Tiempos Policiaca

La serie de Max Lomas está dedicada
a los que quiero y a los que me quieren.
Creo que, felizmente, son los mismos.

*Van Horne suele encender
los cigarrillos
que H. fuma
y luego deja pasar el tiempo
contando los pasos del humo.*

PEDRO CASARIEGO CÓRDOBA,
La canción de Van Horne

La conocí en Madrid, un fin de semana libre, en el bar de copas en el que por entonces ella trabajaba de camarera. Estábamos en primavera, detalle intrascendente, pues a las historias de amor cualquier estación les sienta bien. En cierto modo todo comenzó allí. La piel, las canciones, los tiros. El mundo, mi vida.

Todo.

Fue en 1988. Lo que cuento aquí sucedió, pues, hace ya muchos años, en una época más libre y salvaje, como el jinete de la película de Jane Fonda. En algunos aspectos mejor; en otros, peor. Los de piel fina deberían tenerlo en cuenta. Eran los tiempos del fin de la Movida, y todavía se oían en los bares y en las radios canciones en las que el estribillo era, por ejemplo, *Ayatollah, no me toques la pirola*, y títulos como *Los chochos voladores* o *Me gusta ser una zorra*. ¿Y qué decir de una letra como la de *Sí, sí*, de los Ronaldos? Hoy sería un escándalo.

Yo iba solo, como de costumbre. Al abrir la puerta me llegaron los primeros acordes de *Good vibrations*, de los Beach Boys. *Abhh... I love the colorful clothes she wears...*

Y la vi.

Fue verla y que me hiriera un rayo que todavía no ha cesado. El bar estaba bastante concurrido, pero para mí fue como si solo estuviésemos nosotros dos.

Elsa tenía veinte años y yo, veinticinco. A esas edades, ella se creía que tenía derecho a ser feliz y yo empezaba a dudarle. Y sin embargo fue entonces cuando encontré la felicidad.

Me duró dos años.

No está nada mal. Hay felicidades que duran segundos.

Si la hubiera visto Ariosto, habría dicho eso de que la naturaleza la hizo y después rompió el molde. Tenía una bonita melena rubia y vestía falda escocesa, blusa blanca y unos zapatos rojos con tacón, más apropiados para atraer las miradas de los varones que para trabajar tras una barra. Mi primer impulso fue huir. Los cinco siguientes, acercarme. Probé un recurso desesperado: imaginarla con cincuenta años. Con sesenta. Con setenta. No surtió efecto. Hasta entonces me había enamorado dos veces, una en el colegio y otra en la universidad. Pero aquello que sentía ahora era nuevo y sospeché que, en realidad, nunca me había enamorado. Desvié la mirada. No quería enfrentarme a sus ojos. No quería saber su nombre. Quería huir. Quería saber su nombre. Quería llevarla a mi pensión.

Se acercó para atenderme. Soy un imán para las mujeres, y más si son camareras. Era delgada y tenía los ojos verdes, de ese verde que a veces se vuelve azul o gris, de ese verde que te hace dudar si es azul o gris, y entonces la chica saca la errónea conclusión de que no te fijas de verdad en ella. Su cara resplandecía, alegre, pero, me pareció, dejaba traslucir

que había sufrido. Según Oscar Wilde, en el amor comienza uno por engañarse a sí mismo y a veces logra engañar al otro.

Tenía que engañarla.

—Hola.

Me quedé callado, mirándola. No por aplomo, sino por deslumbramiento.

Mirando su mirar ardiente, honesto. De todas las sentencias que he escuchado acerca del amor, una de las pocas que salvaría es la de que existen los flechazos. ¿Han visto alguna vez, en cámara lenta, cómo una bala traspasa tejido animal? Es algo así.

—Hola —repetió, sin saber disimular del todo su impaciencia ante mi silencio—. ¿Quieres algo?

—Supongo que no te descubro América, pero tengo que decirlo: estás bárbara.

—Es que me llamo Bárbara La Marr —me vaciló.

Tenía un aire a Ava Gardner, aunque en rubia. La cara alargada, la expresión de los ojos algo burlona, la boca grande y los labios finos, los pómulos marcados. Delante de mí, nunca nadie sacó ese parecido. Igual solo yo se lo encontraba.

—¿Tu segundo apellido es Debuena?

Era una broma de la época, en la línea de Almodóvar y Patty Diphusa.

Se le escapó una sonrisa.

—Imbécil. Me llamo Elsa.

Que accediera a decirme su nombre era un buen augurio.

Compensaba lo de «imbécil». Aunque quizá incluso lo de «imbécil» fuese un buen augurio.

—Yo, Max.

—Bueno, Max, ¿vas a tomar algo? A ese lado de la barra os divertís, y a este trabajamos.

—Un ron con Coca-Cola, Elsa.

Seleccionó la botella. Ahora sonaba *Always on my mind*, de Pet Shop Boys. Me gustaba, aunque soy de los que prefieren la versión original.

La de Elvis.

—*If I made you feel second best, girl I'm sorry I was blind* —cantó para sí misma.

O quizá para mí.

—¿Por qué me miras así? ¿Tienes algún problema con mi voz?

—Claro que tengo un problema con tu voz.

—¿Ah, sí? ¿Y cuál es?

—Que me gusta.

Si a esa música se le sumaba la banda del tintineo de los hielos, el sonido del ron cayendo sobre ellos, las burbujas del refresco estallando, el efecto era fantástico.

Bueno: lo era, sobre todo, por ella.

—¿Qué nombre es ese de Max? ¿Maxwell?

Se mezclaban en su pregunta la intención y la ingenuidad, de modo semejante a como ocurría con su forma de vestir.

—Máximo. Máximo Lomas, para servirte.

—¿Me tomas el pelo? ¿Máximo Lomas, Máximo Lo Más? —Me miraba sonriendo con los ojos—. ¡Venga ya! Es un chiste, ¿verdad?

—Si lo es, es de mis padres. Me limito a intentar hacerle honor. Conocí a una chica que se llamaba Dolores Mento, y la llamaban Lola, claro...

Me dejó con la palabra en la boca. Lo lamenté, aunque también la disculpé. Tenía que atender un montón de gargantas sedientas. Tenía que seguir poniendo copas a un ritmo infernal.